



## ERMITAS DE VALENCIA

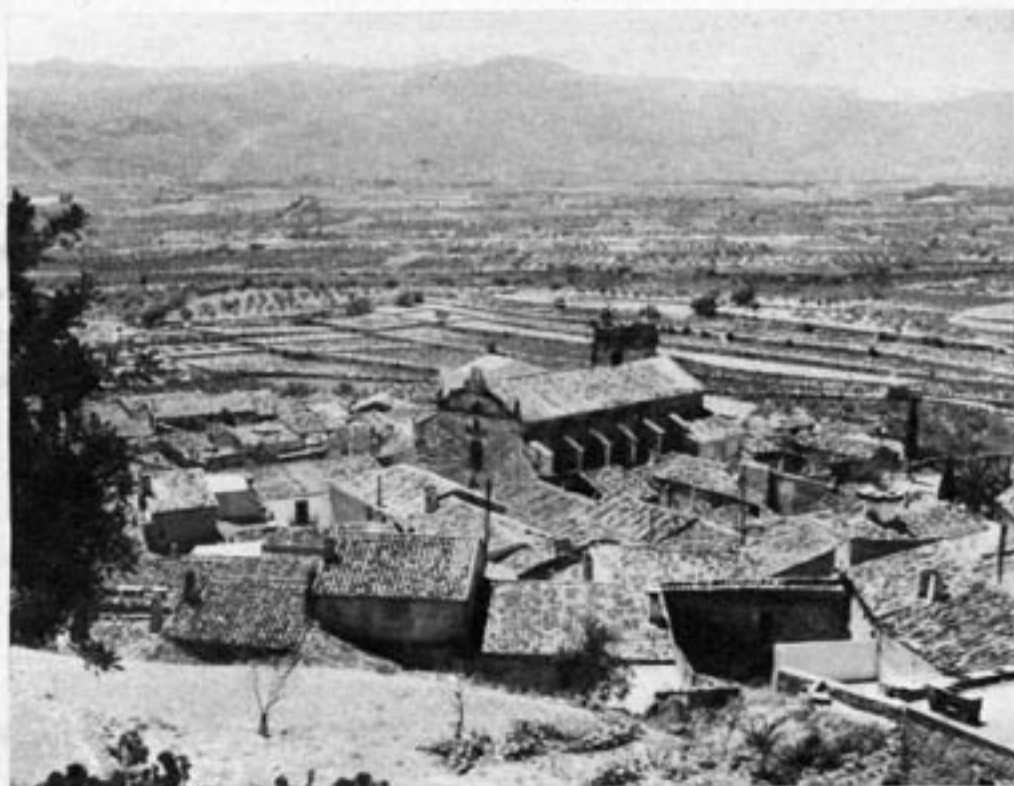
# Los "buenos días" de los pastores

Por LUIS B. LLUCH GARIN

Ermita del Santísimo Cristo de la Buena Muerte



Ruinas del soberbio castillo de Montesa



Montesa, desde el castillo

Estos "buenos días" de los pastores —saludo tradicional y solemne— han sonado como tres estampidos, cuyos ecos rebotaron en el sendero de la montaña cubierto de lascas.

Primero fue uno; luego ha sido el otro, casi a continuación del anterior mientras subía hacia la segunda ermita —la de la montaña—; y el tercero a la bajada, cuando el sol se ha fundido con la tierra después de quemar el aire durante toda la mañana, hasta el punto de que no sabía de dónde nacía y brotaba tanto calor.

Yo me he cruzado con ellos en esta excursión y les he saludado con un normal "buenos días", aunque mi frase, viciada por la rapidez, no la he silabeado: ha salido aglutinada de mis labios. Ellos, en cambio, me han respondido bien: con empaque, con dicción recargada y sueltas, una a una; todas las sílabas, alargando las "eses" con un silbido que parece culebrear como la cola de un lagarto sobre las planchas calientes de las rocas.

Detrás de los pastores, para hacer más patente el bochorno del día, triscan los rebaños de cabras sobre las peñas con el ruido apagado de sus pezuñas, mientras otras se levantan sobre las patas y comen con golosina las hojas barnizadas de los algarrobos que pueblan la ladera. Es la estampa viva de las cabras "empinadas" que figuran en algunos escudos, simbolizando, heráldicamente, los países montañosos y las rocas inaccesibles.

Estos rebaños —vuelvo a la imagen— son una embajada de fuego, porque en sus cuerpos de pelaje negro y lustroso brilla tanto el reflejo del sol, que desde el margen de cipreses parece su paso por el barranco el curso sinuoso de un río de soles.

Las voces de esos pastores han resonado con ritmo, marcando la soledad del paisaje... ¿Por qué impresiona tanto la montaña de Montesa?

La sierra sirve de base a las ruinas del imponente castillo y da cobijo al nido de tejados que se arriman a la cubierta de la iglesia; es como una nave varada junto al malecón de la montaña, o una nave abaoirlada en ese puerto natural junto a las navicillas de los otros tejados, tendidos por la borda los remos en calma, que son las líneas paralelas de sus contrafuertes.

Esta sierra es una montaña muerta. Su carne de tierra, comida por la erosión que ha ido redondeando sus perfiles y matando sus aristas, parece desmayada, señalándose en su cuerpo las costillas grises de su osamenta: son los pliegues geológicos formados por rocas de tono acerado que cruzan en curva la sección del monte.

Precisamente al pie de uno de esos anchos pliegues, como un sendero de roca aplanada, se abre el paisaje de la ermita primera, que es como un oasis enclavado en la sencillez y sequedad del monte, recordando una estampa de la eterna Palestina: olivos, algarrobos, bancales de tierra blanca, paratas escalonadas, rimeros de negros cipreses, finos como puntas de lanza, alternando con las capillitas del calvario, y un acertado conjunto de cúpulas sobre los tejados de la nave central y del crucero de la ermita del Santísimo Cristo.

—Pero es el Cristo de la Buena Muerte... —me han asegurado los primeros pastores que estaban sentados junto al abrevadero, hendidura de cristal en la corteza del monte en donde brilla el azul y el oro del cielo y del sol, con los sombreros de paja echados sobre el cogote porque las sombras de los cipreses protegía sus cabezas.

Me he acercado a la ermita por la calle que forma el cipresal. La fachada es sencilla, con un remate de frontón escalonado y un óculo sin cierre situado en el centro. De la puerta emplanchada brota un hálito caliente, como si se tostase el aire en una parrilla.

Por el ojo de la cerradura voy mirando, mientras mi hijo Luis anota lo que yo le digo. Tengo que esforzar mucho la vista, porque el hueco del óculo deja pasar un círculo de luz cegadora que se refleja en el cristal de la hornacina.

El inventario es el siguiente: Planta de crucero; columnas adosadas y capiteles dóricos con talla de óvulos y cornisamento con friso denticulado; bóveda de cañón; cúpula ciega sobre pechinas en el crucero; una grada para subir al presbiterio; altar y retablo de obra de albañilería, con remate escalonado y bóveda de cascarón; dos candelabros de hierro; una lámpara de aceite; un marco dorado en la hornacina... y dos jarrones con ramas de romero. Ya no puedo ver nada más. El relumbrón de la luz en el cristal del altar me ciega.

La otra ermita, la ermita de la Santísima Cruz, está en lo alto del monte.

Cuando llegué a Montesa paramos a la entrada del pueblo, y en un bancale de algarrobos gigantescos almorzamos mi hijo y yo, colocando una mesa y dos silloncitos plegables. Mientras comíamos con calma y paciencia, porque el ambiente era agradable y hasta la brisa venía fresca, una mujer, desde una casa vecina, nos miraba con curiosidad amparándose en la penumbra del postigo entreabierto.

Estuvo así, ella sola, mucho rato; pero cuando vio que enfocábamos sendos gemelos para ver la ermita del monte, pues desde donde estábamos se veían lejanos el castillo y la ermita, subió su curiosidad y llamó seguramente a sus familiares que estaban en el interior. Lo cierto es que en el vano del postigo se apiñaron hasta cuatro caras, difuminadas en la penumbra, que permanecieron un buen rato escudriñando nuestros movimientos.

Como consecuencia de este concienzudo y mutuo examen —ellos, los vecinos, a nos-

otros, y nosotros, los excursionistas, a la ermita del monte con los gemelos—, deduje que la puerta de la ermita debía estar abierta o no existía, porque yo veía el hueco abocinado de la misma y dos o tres escalones que se hundían en la sombra. Además, al pasar por la plaza de Montesa —plaza limpia, de vieja y clásica estampa, encuadrada entre la soberbia fachada de la iglesia, de sobrio estilo barroco, y la casona del Ayuntamiento con balconaje de hierro, paredes de sillares y arcos de dovelas cuadradas, amén de una fuente con frontón "ciclópeo" descolando en lo alto la barandilla de madera del desván de una casa de labor (recuerdo clásico de las edificaciones de la serranía)—, no pude ver al señor cura porque estaba celebrando la misa dominguera y una boda, con numerosos invitados que llenaban todo el templo hasta la cancela.

Por eso ahora, después de vista la ermita primera del Cristo de la Buena Muerte y sin saber nada de la otra ermita, le pregunto a mi hijo Luis:

—¿Qué hacemos?... ¿Subimos?...

Coge las máquinas y se pone en pie. Yo le sigo y comenzamos a caminar por el repecho.

Dicen que las montañas se suben con el corazón y se bajan con las piernas. Es verdad. A los quince minutos de marcha el pecho parece una fragua, mientras las piernas están ágiles y responden bien. Si descanso unos segundos para romper el aliento, no me gusta sentarme ni mirar atrás, porque siempre subo con la ansiedad e ilusión de contemplar el panorama desde la altura conquistada.

Hemos llegado. El aire es fresco y caliente. Esa mezcla rara que se da en las cumbres. A la sombra de la ermita hace fresco, y bajo el sol que aplasta la montaña el calor sube de la tierra como si fuese el agua de un estanque. Se nota a lo largo de las piernas y luego por la cintura, y al fin hasta el cuello y la boca, con la ventaja de que en esta inmersión ideal o imaginativa el agua del calor se saborea al regustarla en los labios, porque sabe a romero, a tomillo, a hierba y a esa infinidad de aromas excitantes y fuertes que emanan de la cálida humedad del monte.

La ermita es una sencilla edificación de dos cuerpos. En la unión de los tejados se levanta una espadaña de mampostería sin campana. Hay un ventano muy alto, bajo el alero del tejado, con dos hierros cruzados a modo de reja, y a los pies se abre otra ventana con reja forjada y fraileros que resisten todos mis intentos. Pero el chasco final me lo llevo cuando al subir los escalones de la puerta compruebo que ésta existe, y está cerrada y no deja ni un solo resquicio o grieta para escudriñar el interior. Los gemelos, desde la entrada del pueblo, me hicieron creer que no había puerta. ¿Cómo será por dentro? No lo sé, pero supongo que no debe haber nada y que las paredes y techos serán rectos y sin adornos. Quizá haya una mesa de altar de obra y alguna rústica hornacina. Pienso que llamaré al alcalde o al cura de Montesa cuando llegue a Valencia.

Un último adiós al paisaje. El valle de Montesa está a mis pies y me ofrece el mosaico



La ermita de la Santa Cruz

de sus campos y parcelas cultivadas. Los caballones —líneas negras sobre la cuadrícula blanca de la tierra— se agrupan paralelamente, alternando con bancales de algarrobos y olivos. Todo va disminuyendo hacia la montaña. Todo se hace pequeño en la lejanía, hasta que se confunden las líneas de los surcos y los círculos de los árboles. Al final del paisaje, y recortando el valle, se alza la sierra Grosa, de tono gris y manchones oscuros en sus hondonadas, zonas verdes de pinares y unos trasquilones rectos, más claros en la penumbra del pinar, que suben y bajan por las lomas como un vendaje pálido sobre la piel rugosa del monte: son los pelados contrafuegos.

Pero hay algo que me retiene en esta altura, aplastado por este sol de fuego que todo lo abrasa: es la visión de esas negras ruinas del célebre castillo de la orden militar y de caballería de Montesa.

Allí, en esa imagen deformada de muros y peñascos, según el cronista Madoz, del siglo XIX, "el arte añadió nuevas fuerzas a aquel lugar rodeado de inaccesibles precipicios, y solo quedó paso a la fortaleza por el puente colgante sobre el fosó de 18 varas. Los muros eran formidables y tras ellos habían dos mil defensores. En su cerco estaba el palacio del Maestre, el convento, la iglesia y los edificios militares de la plaza... El templo miraba al sur y sus gruesos paredones se cimentaban sobre los peñascos del desmonte. Lo que no pudieran las máquinas guerreras, pudo la fuerza de la naturaleza; y en 23 de marzo de 1748, tras insistentes y furiosas lluvias, tembló el monte al amanecer y el terremoto hundió aquella orgullosa fábrica para siempre. Hundidos los techos, desplomados los muros con estrépito, una columna de polvo se elevó hasta las nubes anunciando a los vecinos la catástrofe".

¿Qué consecuencias tuvo esta tragedia, con su acompañamiento de numerosos muertos y heridos, en Valencia?

Son muy curiosas, y fueron hijas, además, del ambiente de la época. Por entonces el arzobispo, don Andrés Mayoral, dirigía una campaña contra el teatro, pretendiendo prohibir la representación de las comedias por motivos de moralidad. En 1741 pretendió quedarse con la subasta del arriendo de la casa de las comedias para tenerla cerrada. No se le admitió la postura y tuvo que ceder el prelado. Pero —dice nuestro gran Teodoro Llorente en la página 313 del segundo tomo de su obra genial "Valencia"— a los pocos años vino en ayuda del prelado una catástrofe. El terremoto de 1748, que destruyó el castillo monástico de Montesa, aterrorizó a los valencianos. La ocasión era propicia y la aprovechó el arzobispo. Acudió al Ayuntamiento, presentando como castigo del cielo aquella calamidad y excitándoles a cerrar el teatro para aplacar a Dios. El Ayuntamiento, sobrecogido, accedió, aunque limitando a cinco años la clausura, que se le pedía perpetua, y el día 4 de mayo se celebró la última función.

**Nota aclaratoria.** — A los pocos días de mi excursión a Montesa hablé por teléfono con el alcalde del pueblo, don Juan José Sanchis Perales, y me dijo que dentro de la ermita de la Santísima Cruz no había nada. Le agradecí la noticia y le prometí que le enviaría el artículo cuando se publicase en LAS PROVINCIAS. El alcalde, muy complacido, me anticipó de palabra sus gracias.

(Fotografías del autor.)



La parroquia



La fuente de la plaza



El Ayuntamiento